

2. CRISIS EDUCATIVA, ALEGRÍA Y EDUCACIÓN PERSONALIZADA

ESTANISLAO MARTÍN RINCÓN

1. INSTALADOS EN LA CRISIS

El concepto de *crisis educativa* es un concepto recurrente y ambivalente. Recurrente porque apareció hace ya tres décadas y de cuando en cuando volvemos a hablar de él. Ambivalente, porque encierra una carga valorativa importante, de doble signo, pues puede significar tanto pesar como esperanza. En cuanto que entrar en crisis pueda suponer el acabamiento de una situación de envejecimiento o de inmovilismo para dar lugar a otra en la cual se procuran soluciones mejores, no hay mucho que temer porque la educación, como cualquier otro ámbito del quehacer humano, entre en crisis. Lo preocupante para la educación en general, no es que haya entrado en crisis; lo preocupante es que no salga. Y por ahora no parece encontrar la salida.

La reflexión sobre la crisis de la educación se encuentra con la siguiente paradoja: por una parte cualquier crisis "no ofrece nunca un aspecto «gradual» o «normal»; además, parece ser siempre lo contrario de toda permanencia y estabilidad"¹; y por otra, observamos cómo pasan los años y la crisis sigue. No hay exageración si se afirma que estamos, desde hace lustros, instalados en la crisis. Esta afirmación es sostenible al menos con dos argumentos: uno de naturaleza socio-filosófica y es tan simple como el constatar que estamos viviendo en el tiempo de la Post-modernidad, y la Post-modernidad no se explica, en general, sino desde el concepto de crisis. "Los autores de la llamada Post-modernidad (Habermas, Lyotard, entre otros...) han recurrido al concepto de crisis para explicar la situación social, económica e intelectual de la actualidad. De hecho, la Post-modernidad se piensa desde el fundamento de la crisis"². El segundo argumento es de tipo bibliográfico, es tan sencillo y tan significativo como el anterior, y está en advertir la presencia del término "crisis" en cualquier diccionario pedagógico actual y también en el título de no pocos libros, desde que apareciera por vez primera en 1968, con el informe de Phillips Combs *The World Educacional Crisis: a System Analysis*.

Intentar descubrir las causas o, intentar señalar los posibles enfoques en el estudio de lo que se entiende por *crisis de educación*, sería enredarnos en una maraña analítica de difícil salida, entre otros motivos porque el análisis mismo ya vendría determinado por una toma de posición ideológico-conceptual de la propia noción de crisis. Ahora bien, sin necesidad de una consideración pormenorizada de algo tan complejo, sí queremos centrar nuestra atención en uno de los elementos causales de la crisis de la educación, en el cual se ha fijado la *educación personalizada* tal como ha sido desarrollada en nuestro país por Víctor García Hoz y sus colaboradores.

En el volumen que cierra el *Tratado de Educación Personalizada*, en la concepción genérica de la crisis, se liga ésta con la perspectiva teleológica de la educación. En él se dice que “las tareas educativas en general atraviesan una crisis de identidad. Son muchas las causas. Parece necesario y urgente responder a cuestiones de finalidad, como el para qué de la educación y de cada uno de sus objetivos más concretos”³. Es obvio que la educación no puede desentenderse de su *telos*, puesto que “siempre se educa a alguien, para algo”⁴.

2. UNA ANTROPOLOGÍA DE LA ALEGRÍA

2.1. Perspectiva teleológica

Partiendo del supuesto de que por encima de las objetivos, y de las grandes finalidades sectoriales de la educación, es posible señalar un fin único, *la educación personalizada*, desde una perspectiva presidida por las notas de “totalidad, unidad e integridad”⁵ de la persona humana, ha propuesto una antropología de la educación basada en la alegría como fin omnipresente en cualquier acto humano: la “antropología del *homo gaudens*”, siendo éste “el tipo de hombre que busca la educación”⁶. A poco que se ahonde en esta cuestión nos aparece la alegría no ya como cuestión menor, antes al contrario, como asunto de gran calado, hasta el punto de que García Hoz llegó a hacer una afirmación que pudiera parecer extremada. Hace casi un cuarto de siglo dejó escrita esta perla: “si en el colegio se tuviera el dilema de elegir entre que los alumnos aprendan mucho o que vivan contentos, sin duda alguna, habría de elegirse la segunda posibilidad”⁷. Quien conozca, siquiera sea someramente, la obra de García Hoz, pronto advierte que el dilema es falso y que está lanzado sólo a nivel de hipótesis, con lo cual la importancia de este dilema no está en lo que dice, sino en su trasfondo. Su valor radica en que en esta formulación se revela la consideración y la estima que *la educación personalizada* tiene hacia la alegría, que llega a adquirir el relieve suficiente como para constituirse en el rasgo que justifica un diseño de hombre: el *homo gaudens*.

2.2. El «homo gaudens»

¿De qué hablamos cuando hablamos del *homo gaudens*? Responde el padre de la expresión: Del “hombre que sabe descubrir el aspecto positivo que hay en todas las cosas, actividades y relaciones, y tiene la fuerza de voluntad suficiente para mantener

su actitud positiva, de alegría, frente a cualquier situación en que se pueda encontrar”⁸. Esto solamente puede aceptarse con la asunción de un postulado previo: entender que en todas las cosas y en todos los hombres hay algo positivo. Este algo positivo y bueno no es la bondad moral russoniana de una naturaleza supuestamente inmaculada, sino la bondad ontológica, la bondad que tiene el ser por el hecho de ser, por su misma existencia, de la cual diera cuenta San Agustín en sus *Confesiones*⁹ hace ya dieciséis siglos. Ciertamente, “en la esencia de la alegría se encuentra el descubrimiento del mundo bueno”¹⁰, mas llegados a este punto cabe preguntarse qué es la alegría.

2.3 ¿Qué es la alegría?

Se trata de un fenómeno complejo cuya naturaleza puede ser abordada desde varios enfoques. Una primera vía siempre válida para aproximarse al qué de las cosas es recurrir a la etimología.

a) Etimología. Alegría procede del latín vulgar *Alicer*, *-ecris*, derivado a su vez del clásico *alacer*, *-acris*, que significa “vivo, animado”¹¹. De aquí ya obtenemos un par de datos sumamente interesantes. El primero hace referencia al significado de alegre como vivo, entendiendo vivo como dinámico. Según él, “la idea de alegría, pues, presenta un carácter dinámico”¹² y si cabe redondear más la expresión, se puede matizar diciendo que es un dinamismo ágil, impregnado de vivacidad, pues “la alegría se manifiesta como una exultación vital, acompañada de goce o fruición en ella misma”¹³. El segundo dato importante que nos presta la etimología es el de equiparar “alegre” con “vivo”, bajo el aspecto de “animado”. De este modo “se introduce en la alegría el concepto de animación que, en su sentido más profundo -infundir ánima o alma en las cosas-, vale tanto como convertir la alegría en principio de vida”¹⁴. En este sentido ha escrito García Hoz que “la alegría es la vida del alma”¹⁵.

Por otra parte, también resulta interesante ver el recorrido etimológico de los términos que traducen el castellano “alegría” en otras lenguas hermanas. En francés nos encontramos primariamente con «joie» y de manera secundaria «allègresse». De modo paralelo ocurre en italiano: «gioia» junto a «allegria» y «allegrezza». En catalán «alegría» se mantiene como en castellano, pero al tiempo esta lengua acuña «joiós» como alegre o gozoso¹⁶. «Allègresse», «allegria» y «allegrezza» evidencian la misma raíz latina antes señalada: *alacer*, *-acris*, dinámico, ágil y vivaz. Ahora bien, la traducción primaria de alegría es «joie». «Joie», etimológicamente se corresponde con la española “gozo”, ambas procedentes de la voz latina *gaudia*, plural de *gaudium*. *Gaudia*, derivó en francés hacia «joie» (alegría) y hacia «joiyau» (joya). Una vez instalada la voz «joie» pasó al italiano como «gioia», al inglés como «joy»¹⁷ y al español como «joya»¹⁸.

Este pequeño recorrido etimológico comparativo nos pone en la pista de pensar en la alegría, además de como gozo o contento, también bajo el significado de joya. Como quiera que por joya entendemos algo de gran valor cuya función es el adorno,

desde este punto de vista, nada nos impide considerar a la alegría como una cualidad humana muy valiosa,preciada, digna de estimación, y también como un ornato psicológico. Según esto, decir persona alegre vendría a ser algo así como decir que alguien dispone de una personalidad adornada con el valor de la alegría. Uno de los significados de persona alegre, en el lenguaje de la calle, es persona psicológicamente atractiva, que hace la relación muy grata. Desde esta perspectiva, el *homo gaudens* es la persona encantadora, la persona en la cual brilla la joya de la alegría. Como, además, la alegría afecta todo el ser personal, la joya que es la alegría no adorna a una parte del hombre, sino que es todo el ser el que se ve adornado.

b) La alegría es un fenómeno afectivo.- Entender la alegría como fenómeno afectivo responde al enfoque tradicional. “La alegría ha sido considerada por muchos filósofos como una de las «pasiones del alma»”¹⁹, “como un sentimiento, como una afección interior” de complacencia espiritual que supone descanso en el bien conseguido²¹.

Considerar la alegría desde la perspectiva psicológica ofrece del mismo modo contras y pros de indudable interés.

El inconveniente más grave está en la complejidad que caracteriza el mundo de la afectividad, donde no todo está bien definido; un mundo en el cual sus estudiosos, los psicólogos “no están de acuerdo ni en los hechos ni en las palabras. Unos llaman sentimientos a lo que otros llaman emociones. Unos miran los sentimientos como fenómenos simples, últimos, imposibles de analizar, idénticos siempre a sí mismos, variables sólo cuantitativamente; mientras que, por el contrario, otros creen que el género de los sentimientos incluye una infinidad de matices”²². Como asegura Ferrater Mora en su Diccionario de Filosofía, “nos falta una doctrina bien precisa y coherente sobre la naturaleza de todos los estados afectivos, y estamos todavía lejos de haber señalado claramente los linderos de la pasión, emoción y sentimiento”²³. García Hoz, que adopta este enfoque psicológico, al intentar acercarse al tratamiento de la alegría se da cuenta de que “es un fenómeno suficientemente complejo como para que se le puedan aplicar todos y cada uno de los significados de pasión, emoción, sentimiento y estado de ánimo, con que se suele aludir al mundo de la afectividad. Es una pasión en tanto que nacida de un fenómeno exterior a ella; es una emoción, puesto que existe alguna conmoción interna; es un sentimiento, puesto que yendo más allá de los fenómenos sensibles, incide en la vida superior del hombre; y es un estado de ánimo, porque en él se sintetizan todos los elementos del hombre, disponiéndole para un modo peculiar de estar y obrar”²⁴.

A pesar de esta indefinición propia de los fenómenos afectivos, existe una ventaja que supera ampliamente el inconveniente descrito. Y es ésta: ofrecernos un esquema de pensamiento mediante el cual es posible hablar de la alegría como uno de los rasgos antropológicos fundamentales del hombre, de tal modo que la expresión

homo gaudens no es un cultismo, ni un capricho del lenguaje, sino que encuentra precisamente aquí uno de sus asideros radicales -no el único-, pero sí un magnífico argumento que legitima la expresión.

El fundamento tiene que ver con el rango ontológico que se dispensa a la afectividad. Desde luego que hay sentimientos que actúan como “algo irracional, algo ciego que emerge de las capas más profundas de la persona; algo que empuja, mueve y conmueve con una motivación muy distinta y muy independiente de los serenos cálculos de la inteligencia y la voluntad”²⁵. Mas nada nos autoriza a extender estos rasgos a todos ellos, ya que a su lado hay sentimientos nobles, espirituales y elevados. Si los fenómenos afectivos sólo fueran una especie de automatismo animaloide e instintivo, carecería de sentido intentar una arquitectura antropológica medianamente presentable en la cual los sentimientos ocupen un lugar importante; incluso cabría justificar una guerra sin cuartel contra ellos.

Sin dejar de considerar los riesgos de una sobrevaloración de la afectividad, se hace preciso reconocer que “en muchos aspectos, el corazón constituye el yo real de la persona, más que su intelecto o su voluntad”²⁶. “El mundo rigurosamente personal brota de la interioridad, del fondo latente de la persona, de su intimidad”²⁷. “El verdadero yo lo encontramos primariamente en la voluntad. Sin embargo en muchos otros terrenos, es el corazón, más que el intelecto o la voluntad, el que constituye la parte más íntima de la persona, su núcleo, el yo real”²⁸. Prescindir de la afectividad es vaciar de contenido el concepto de persona, que en todo caso requiere un tipo de existencia individual y subjetiva. De aquí no se puede deducir que sólo sea individual y subjetiva porque “la persona no es más que anarquía sin las comunidades que la realizan”²⁹, pero sí que se puede afirmar que los sentimientos ocupan un lugar imprescindible en la ontología humana. Así pues, si hubiera en el hombre algún fenómeno afectivo que además, se pudiera constituir en el fin, mediato o inmediato, de todas sus acciones, bien serviría para que el hombre pudiera ser definido en base al mismo. Pues bien, ese fenómeno afectivo existe y tiene un nombre: la alegría. Se trata de un sentimiento omnipresente, bien sea como dato o como tendencia, pues “la alegría se halla como incoada en cualquier acto humano”³⁰ y “en tanto que reacción natural ante el logro de un bien, actúa en todas las operaciones humanas”³¹.

c) **La alegría desde una perspectiva ética.** Desde una perspectiva ética la alegría encuentra cabida en los conceptos de valor y de virtud, conceptos que pueden tomarse como sinónimos en cuanto que se refieren a una cualidad humana perfecta poseída por el hombre³².

En la *educación personalizada* se han señalado un grupo de “cuatro virtudes, o más bien núcleos de virtudes, que son raíz del obrar humano: alegría, orden, trabajo y generosidad”³³, que “sintetizan los valores morales y pueden considerarse como finalidades de la orientación personal”³⁴, si bien entre estas cuatro, la alegría “es una

virtud sui generis; más que en actos específicos y propios, la alegría opera como fin añadido que se espera alcanzar tras cualquier acción virtuosa³⁵. En todo caso, denominar virtud a la alegría, quiere decir que nos referimos a ella, usando la expresión clásica, como un "hábito bueno y operativo del bien"³⁶. O sea, que la alegría, además de su dimensión afectiva de complacencia en el bien, también se puede entender como una disposición estable de la persona, adquirida mediante el ejercicio, para obrar con rectitud. De este modo la alegría no sólo aparece como el salario que adviene con el bien, sino como el hábito que nos facilita la práctica de la obra buena y el gozo en ella.

2.4 El hombre frente a la alegría.

Enrique Rojas plantea la situación del hombre respecto de la alegría en tres planos: ponerse alegre, estar alegre y ser alegre³⁷.

2.4.1 Ponerse alegre tiene ese sentido desenfadado y jocoso, asociado en nuestra cultura a sobrepasar en un punto y con comedimiento cierto nivel de alcohol. Se trata de una alegría circunstancial, buscada y de algún modo controlada, traída desde el exterior de la persona, y en este sentido es una alegría artificial, no engendada, sino fabricada. No ofrecería mayor interés si en la misma línea no se situaran los paraísos artificiales del alcohol, el sexo irresponsable o la droga, donde lo que se persigue es una alegría externa, producida por excitantes y euforizantes despersonalizadores, donde el individuo no es dueño de sí ni de la situación, sino que se encuentra a merced de ella, a menudo gregaria. Son ese tipo de situaciones que López Quintás ha denominado *experiencias de vértigo*³⁸ donde la alegría no es entendida como gozo espiritual sino como frenesí, euforia y vértigo.

2.4.2 Estar alegre indica una vivencia más o menos duradera de la alegría, pero en todo caso transitoria. Esta es la alegría de la cual hemos dicho que es complacencia espiritual en el bien. Es la alegría que se siente por algo, sobrevenida por un acto satisfactorio. Se trata de una *alegría operativa*, ligada a algún tipo de actividad humana que reporta o que está asociada a algún bien. Si por medio de un acto cualquiera el hombre consigue un bien, sea un bien objetivo o subjetivo, la alegría brota como el salario natural a ese bien. De entre las operaciones específicamente humanas hay que destacar aquellas que suponen el conocimiento de algo, y de manera especial aquellas que facilitan el ejercicio del amor humano, pues "no hay alegría sin amor"³⁹. Son fuente de este tipo de alegría el aprendizaje y el descubrimiento propios del estudio, la producción de algo material mediante el trabajo -siempre que el trabajo se entienda como un bien-, la victoria sobre los elementos adversos obtenida gracias a la lucha, y la actividad del juego, satisfactoria en sí misma. Cabe añadir la alegría de la esperanza en cuanto se refiere a un bien que aún no se ha conseguido y la "alegría de la rectificación"⁴⁰ cuando se enmienda el resultado de una actividad errónea o fallida. Como culminación de la alegría operativa está la alegría de la contemplación, ya que

en el contemplar convergen el conocimiento y el amor hacia la realidad contemplada. En cuanto que las tareas educativas se explicitan en buena medida en actos educativos, es evidente la importancia la alegría operativa para la educación. Sin el encuentro con el bien la educación no es posible; si el bien no está al menos dibujado en el horizonte de las actividades educativas, éstas se transforman en una losa psicológica insostenible, sea para el educando, sea para el educador. Y al contrario, si el encuentro con el bien se produce, la alegría está garantizada, actuando, además, la misma alegría como concausa de sí misma⁴¹, como refuerzo y como elemento motivador de primer orden.

2.4.3 Ser alegre es otra cosa. Ser alegre es entender la alegría como una determinación esencial de la persona, de índole accidental si se quiere, pero esencial. No es una alegría operativa, resultado del obrar, sino una alegría ontológica, que pertenece a la dote natural con que somos lanzados a la vida. Una alegría de la que la *educación personalizada* habla “como un regalo de la existencia, que abre al hombre un mundo de posibilidades nuevas”⁴², eso que conocemos como el don de alegría; porque esta “alegría, digámoslo claro, es incondicional. No depende directamente de los esfuerzos (...) es un don”⁴³. Especialmente interesado en sus últimos años por esta cuestión de la alegría, dice García Hoz que “si pretendemos ahondar en nuestra reflexión, nos encontramos con que a veces descubrimos una razón para la alegría, nos explicamos con relativa claridad por qué estamos alegres o dejamos de estarlo, mas en otras ocasiones percibimos que la alegría nos invade sin que acabemos de encontrar explicación suficiente. En otras palabras no somos dueños de nuestra alegría”⁴⁴. Con palabras de Marcel, esta alegría es “no la señal, sino el surgir mismo del ser”⁴⁵. Es la alegría de vivir, que anida en el ser, absolutamente evidente en la infancia, y que supera con creces la concreción de una satisfacción. Jean Lacroix escribió en *El fracaso* que “más allá de cualquier satisfacción -la satisfacción no deja de ser ambigua-, el hombre es el ser que tiene un apetito esencial, una sed inextinguible de alegría”⁴⁶.

La alegría ontológica porque es algo que pertenece al ser es uno de los componentes de nuestra vocación de realidad y por lo mismo tiene un contenido que le es propio: el optimismo. Ahora bien, poseer una visión optimista no es algo dado en el hombre, pues a menudo se nos imponen los aspectos más hostiles y más hoscos de nuestra propia persona o de la realidad que nos circunda. Por eso necesitamos echar mano de la educación, cuya labor, en este campo, es dotar al alumno de “la firme convicción de que en cualquier situación, cosa o persona hay siempre un bien capaz de anular o al menos paliar, la influencia negativa del mal”⁴⁷. Esto quiere decir que educar en el optimismo no significa proveer de “una mentalidad infantil, ingenua y bobalicona, incapaz de ver el mal y el dolor”⁴⁸. Ese no es el hombre optimista, sino el insensato; optimista es aquél que poseyendo “una visión realista del mundo, en el que coexisten el dolor, el bien y el mal”⁴⁹, se adhiere a lo que haya de bien, apuesta por él, y espera, en todo caso, en el mejor de los resultados posibles. Pues bien, este tipo de

hombre tiene un nombre: el *homo gaudens*, que en nuestra opinión es -junto con otras posibles- una propuesta de esperanza, válida para contribuir al punto final de esta crisis aburrida, cansina y persistente.

García Hoz dejó escrito que "merece la pena que la educación tenga como fin la formación y la realización de este diseño de hombre"⁵⁰. A nosotros también nos lo parece.

NOTAS

1. Ferrater Mora, J. (1991). *Diccionario de filosofía*. Voz "crisis", tomo 1, p. 666. (Barcelona, Círculo de Lectores).
2. Pagès Santacana, A. (1997). Voz "crisis" en *Filosofía de la educación hoy. Diccionario filosófico-pedagógico*, p. 133. Gil Colomer, R. (dir.). Madrid, Dykinson.
3. AA.VV. (1997). *Glosario de educación personalizada. Índices*. Voz "crisis", p. 72. Volumen nº 33 del *Tratado de Educación Personalizada*. (Madrid, Rialp).
4. Fullat, O. (1989). "Teleología de la educación" en AA.VV.: *Filosofía de la educación hoy, conceptos, autores y temas*, p. 709. (Madrid, Dykinson).
5. Bernal Guerrero, A. (1994). *Pedagogía de la persona. El pensamiento de Víctor García Hoz*, p. 44. (Madrid, Escuela Española).
6. Con este título García Hoz publicó un artículo en el cual explica cómo el tipo de hombre que se aspira a formar en una educación personalizada es <<el hombre poseedor de una firme alegría inteligente, el **homo gaudens**>>. Revista *Escuela Española* nº 2733, de 13-9-1984. Madrid.
7. García Hoz, V. (1975). *Organización y dirección de centros educativos*, p. 21. (Madrid, Cincel).
8. García Hoz, V. (1985). *Sobre la alegría. El <<homo gaudens>>*, p. 43. Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, nº 62. Madrid.
9. San Agustín. *Confesiones*. Libro VII, cap. XII. Edición de 1972. (Madrid, Espasa Calpe).
10. Monedero Gil, C. (1975). *La manía. Una psicopatología de la alegría*, p. 52. (Madrid, Biblioteca Nueva).
11. Corominas, J. (1994). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Voz "alegre", p. 39. (Madrid, Gredos).
12. Bernal Guerrero, A. (1994). Obra citada, p. 304.
13. Altarejos, F. (1996). *Educación y felicidad*, p. 139. (Pamplona, EUNSA).
14. García Hoz, V. (1987). *Pedagogía visible y educación invisible*, p. 84. (Madrid, Rialp).
15. García Hoz, V. (1985). *Alegría en la tercera edad*, p. 111. (Madrid, EPALSA).
16. Diccionari Catalá-Castellá (1983). Arimany. Barcelona.

17. – Dictionnaire Étymologique de la Langue Française (1975). Presses Universitaires de France. París.
– Dizionario Etimológico della Lingua Italiana (1979). Zanichelli. Bologna.
18. Corominas, J. (1994). Obra citada, voz "joya", p. 346.
19. Ferrater Mora, J. (1991). Obra citada, voz "alegría", tomo I, p. 85.
20. Domínguez Prieto, X. M. (1997). Voz "alegría" en *Diccionario de pensamiento contemporáneo*, p. 44. dirigido por Mariano Moreno Villa. (Madrid, San Pablo).
21. Sto. Tomás de Aquino. *Suma de Teología*. I-II, c. 23, a. 4; c. 31, a. 1; c. 38, a. 1. Edición de 1994. (Madrid, B.A.C.).
22. Roldán, A. (1956). *Metafísica del sentimiento*, p. 33. Nota a pie de página, nº 8. (Madrid, C.S.I.C.).
23. Ferrater Mora, J. (1991). Obra citada, voz "sentimientos". Tomo IV, p. 3000.
24. García Hoz, V. (1987). Obra citada, pp. 82-83.
25. Quintana Cabanas, J.M. (1992). *Pedagogía psicológica. La educación del carácter y la personalidad*, p. 190. (Madrid, Dykinson).
26. Von Hildebrand, D. (1997). Obra citada, p. 133.
27. Bernal Guerrero, A. (1997). "Sentido de la capacidad reflexiva y la formación de criterio en la educación personalizada" en *Cuadernos de pensamiento*, nº 11, p. 25. (Madrid, Fundación Universitaria Española).
28. Von Hildebrand, D. (1997). Obra citada, p. 133.
29. Mounier E. (1988). *Obras completas*. Tomo IV, p. 852. (Salamanca, Sígueme).
30. García Hoz, V. (1987). Obra citada, p. 80.
31. Ibídem, p. 86.
32. Esta es la opinión de García Hoz para quien "la virtud viene a ser un valor en tanto que poseído por el hombre, es decir, una cualidad que le perfecciona". "La orientación en la educación institucionalizada. La formación ética", p. 32. Volumen nº 20 del *Tratado de Educación Personalizada*. (Madrid, Rialp).
33. Ibídem, p. 35.
34. Ibídem, p. 36.
35. García Hoz, V. (1995). "El fin de la educación" en García Hoz, V. y otros: *Del fin a los objetivos en la educación personalizada*, pp. 256-257. Volumen nº 3 del *Tratado de Educación Personalizada*. (Madrid, Rialp).
36. Sto. Tomás de Aquino. *Suma de Teología*, parte I-II, c. 55, a. 3.
37. Rojas, E. (1996). *Una teoría de la felicidad*, pp. 219-221. (Madrid, Dossat 2000).
38. López Quintás, A. (1987). *Vértigo y éxtasis*. (Madrid, Asociación para el Progreso de las Ciencias Humanas).
39. Reggio, P.A. (1989). *¿Por qué la alegría?*, p. 30. (Madrid, Rialp).

40. García Hoz, V. (1988). *La práctica de la educación personalizada*, p. 176. Volumen nº 6 del *Tratado de Educación Personalizada*. (Madrid, Rialp).
41. Cf. Altarejos, F. (1986). Obra citada, p. 139.
42. García Hoz, V. (1993). "La educación primaria: del juego al trabajo" en AA.VV.: *La educación en el nivel primario*, p. 18. Volumen nº 11 del *Tratado de Educación Personalizada*. (Madrid, Rialp).
43. Domínguez Prieto, X.M. (1997). Voz "humor" en *Diccionario de pensamiento contemporáneo*, p. 643. Dirigido por Mariano Moreno villa. (Madrid, San Pablo).
44. García Hoz, v. (1987). Obra citada, p. 79.
45. Marcel, G. (1927). *Le journal métaphysique*, p. 230. (París, Éditions Gallimard).
46. Lacroix, J. (1967). *El fracaso*, p. 118 (Barcelona, Nova Terra).
47. García Hoz, V. (1995). "El fin de la educación" en García Hoz, V. y otros: *Del fin a los objetivos en la educación personalizada*. (Madrid, Rialp).
48. García Hoz, V. (1988). Obra citada, p. 46.
49. García Hoz, V. (1993). Obra citada, p. 59.
50. García Hoz, V. (1985). Obra citada, p. 43.